

ciencia ficción y fantasía

nueva dimensión



LA CIENCIA FICCIÓN EN EL TEATRO

nueva
dimensión 15

Revista española de ciencia ficción y fantasía, fundada por Sebastián Martínez, Domingo Santos y Luis Vigil.

REVISTA DE CIENCIA FICCIÓN Y FANTASÍA

A cargo de:

Sebastián Martínez

Domingo Santos

Luis Vigil

AÑO 1970/3

Director periodista:

José Armengou

Delegado en Madrid:

Carlo Frabetti

Colaboradores:

Joaquín Alberich

Dr. Alfonso Álvarez Villar

Luis-Eduardo Aute

Carlos Buiza

Alfonso Figueras

José Luis Garci

Luis Gasca

Teresa Inglés

Antonio Martín

José Luis M. Montalbán

Berit Sandberg

Director artístico:

Enrique Torres

Ilustradores:

José M.^a Beá

Carlos Giménez

Esteban Maroto

Enric Sió

Adolfo Usero Abellán

Director de Publicidad:

Andreu Romá Parra

Corresponsales:

Austria: Kurt Luif

Estados Unidos: Forrest J Ackerman
Francia: Agustín Riera
Gran Bretaña: Jean G. Muggoch
México: Luis Vázquez
Rumanía: Ion Hobana
Uruguay: Marcial Souto

Mayo-Junio 1970. Número 15

Miembro de The National Fantasy Fan Federation

Miembro del Círculo de Lectores de Anticipación

nueva dimensión **HOY**

EDITORIAL

La lenta ósmosis

SE PIENSA

La epopeya cósmica de la familia Aznar

por Carlos Sáiz Cidoncha

Defensa del arte cruel

por Félix Grande

Precisiones sobre el libro «Los Mitos de Cthulhu»

por Rafael Llopis

¿Hacia un comic de terror a lo europeo?

por Joaquín Alberich

SE DICE

Libros, premios, autores, revistas, comic, cine, fandom

SE ESCRIBE

Las opiniones de nuestros lectores

nueva dimensión **MAÑANA**

LA SF EN EL TEATRO

CLÁSICOS

Algunas preguntas embarazosas para Zeus

por Luciano de Samosata

OBRAS

Sodomáquina

por Carlo Frabetti

Simbiosis eros cromática

por Alberto Miralles

¿Es usted feliz?

por Alberto Miralles

Una posibilidad

por Miguel Pacheco

... y las ranas pidieron un dios

por Miguel Cobaleda

Complemento: un hombre

por Teresa Inglés y Luis Vigil

ARTÍCULOS

SF, dialéctica y teatro

por Carlo Frabetti

Llega la Compañía de Teatro Pandemónium

por Ray Bradbury

A propósito de Sodomáquina

por Carlo Frabetti

Tres obras de... ¿SF?

por Teresa Inglés y Luis Vigil

¿Existe un teatro de SF?

por Carlo Frabetti y Luis Vigil

CUENTOS CORTOS

Casi extinto

por Alan Barclay

Espera interrumpida

por Arturo de Benito y Ruiz de Villa

El infierno de los espejos

por Edogawa Rampo

Ardilla

por A. G. Parini y S. D. Gaut vel Hartman

Al final del viaje

por Dean McLaughlin

ILUSTRACIONES DE

Miguel Albiol

Carlos Giménez

Ramón Ivars

M. Kuwata

Esteban Maroto

Steele Savage

A. Sokolov

Ramón Solá

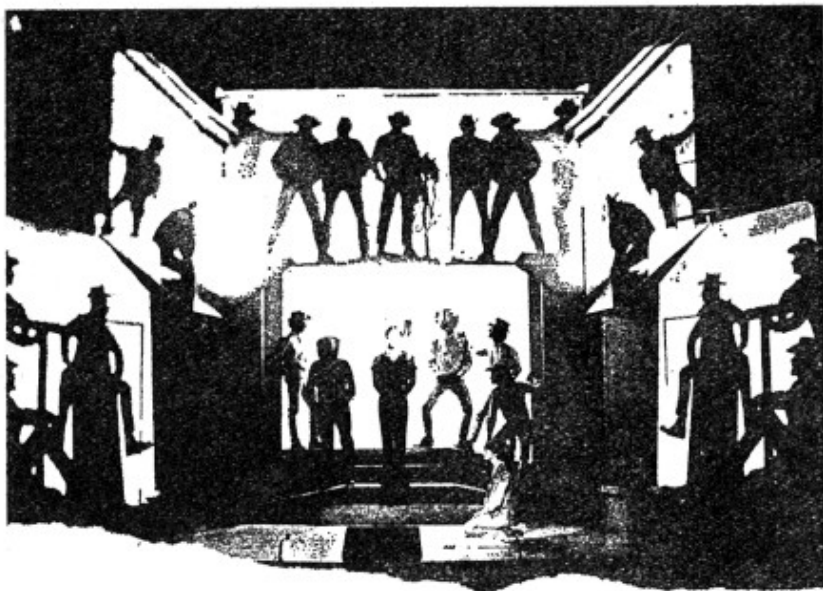
PORTADA DE

Enrique Torres

HUMOR

Jerry Marcuse en *Space Jokes*

Virgil Partch en *VIP tosses a party*



EDITORIAL

LA LENTA OSMOSIS

Independientemente de las polémicas sobre el epígrafe ciencia ficción y la naturaleza y significado de su contenido, una cosa está clara: la ciencia ficción es algo aparte. Nació y se ha desarrollado como algo confinado a una especie de «reserva» cultural en la que muy pocos se adentran y que la mayoría subvaloran.

Sin embargo, de un tiempo a esta parte y cada vez con más intensidad se viene observando en la literatura «oficialmente reconocida» un proceso de convergencia con la SF, que a los que estamos convencidos de su validez nos ratifica en nuestra postura, y que es de esperar que dé motivo de meditación a quienes arbitrariamente la desprecian e ignoran.

Me refiero al lento pero progresivo «descubrimiento» («Cada día, en algún lugar del universo, alguien descubre la pólvora», dice un proverbio cósmico formulado por Aldiss en *Starswarm*) que los escritores «normales» van haciendo de los recursos específicos de la SF —acaso sin ser conscientes de ello— como ineludible necesidad de evolución y adecuación a nuestra específica y poco menos que alucinante circunstancia sociohistórica. Y lo que ocurre en el campo literario se produce también en el artístico, cinematográfico, teatral...

Kubrik no decidió en un momento dado hacer una película de ciencia ficción: llegó a ella como culminación de un proceso casi inevitable. Hay una línea evolutiva continua y necesaria que lleva de *Spartacus* a 2001. Y éste no es más que un ejemplo entre muchos.

Cada día el futuro está más cerca y cada día su presencia es más viva y operante... No está claro hasta qué punto marchamos hacia el futuro o es el futuro quien nos arrastra hacia adelante —¿hacia adelante?— cada vez más deprisa.

Cada día son más y más revolucionarias las alternativas que se presentan a nuestras formas de vida y convivencia, en paradójico contraste con condicionamientos cada vez más férreos y sutiles.

La ciencia ficción es consciente de todo esto, mejor dicho, es el fruto de la consciencia de todo esto, es el resultado de un planteamiento y unos recursos expresivos que la cultura «oficial» suele rechazar por reaccionaria fidelidad a un esclerótico y castrado concepto de realidad.

Pero a pesar de todo, lo inevitable se cumple y la osmosis —lenta osmosis— entre el compartimento-estanco de la SF y «lo demás» se está produciendo a todos los niveles.

Tal vez sea el teatro el género que más necesita, y en el que más cabe, una enérgica renovación, por haber sido totalmente desbordados sus esquemas tradicionales y por la amplia gama de posibilidades que ofrece el contacto vivo con el público.

Teatro del absurdo, teatro de involucración y provocación, happening... otras tantas búsquedas de la insoslayable metamorfosis, otros tantos intentos de «suicidio» trascendente del teatro tradicional.

No me parece exagerado afirmar que el teatro tiene —y acabará encontrando— en la ciencia ficción una de sus más importantes fuentes de recursos renovadores. Los precedentes no son muy numerosos pero sí significativos.

Lo que en este sentido se está haciendo actualmente no es fácil saberlo, dadas las enormes dificultades de todo tipo que la pieza dramática encuentra desde su gestación hasta su puesta en escena.

Nueva Dimensión ha querido si no abordar al menos rozar el tema de teatro de ciencia ficción, limitándose necesariamente al escasísimo material disponible.

Así ha surgido en este número, algo que no pretende ser un estudio propiamente dicho y mucho menos una antología, sino un mero acercamiento a una interesante posibilidad.

CASI EXTINTO

ALAN BARCLAY

La necesidad crea el órgano. Esto es algo que Darwin ya sabía. Y nuevas necesidades crearán órganos desconocidos. De esto es lo que nos habla este relato en el que el Hombre se ve enfrentado con una amenaza a su misma existencia en una Tierra que ha dejado de ser suya.

ilustrado por MIGUEL ALBIOL

Desde lo alto de la pared rocosa en la que se hallaba sentado, Harrison podía ver al perseguido, a intervalos, por entre los árboles. Venía con un ágil y seguro paso rápido, siguiendo el antiguo camino, ahora cubierto de vegetación. Todavía no se oía a los perseguidores. Las escarpadas laderas del macizo se alzaban súbitamente sobre la llanura a tan sólo ocho kilómetros de allí. Harrison podía imaginar fácilmente lo que había en la mente del otro: la esperanza de que, una vez se hallase entre los cortados desfiladeros, densamente cubiertos por la vegetación, le sería fácil escapar a sus perseguidores.

Si le hubiera gustado apostar, o si hubiera tenido con quien apostar, habría apostado contra el fugitivo. Pocas veces lograba alguien escapar a los cazadores, excepto, claro, aquellos que como él tenían talentos especiales. Harrison no se sentía especialmente afectado por el resultado de esta caza. Quizá sentía algo de simpatía por el perseguido pero, para él, sería mejor si el tipo era alcanzado y atrapado. Si escapaba, los alienígenas organizarían otras batidas y regresarían a aquellos alrededores.

El fugitivo pasó directamente bajo él y saltó un arroyo. Entonces, Harrison vio que era una mujer; una joven, fuerte y dura mujer de largas piernas.

Ante este descubrimiento dejó de ser espectador; una fuerte sensación emotiva pasó a través de él. Se irguió con agilidad, la cabeza alta, alerta, como un gran animal. Harrison era de hecho un animal... un peligroso animal inteligente.

Miró hacia atrás, a lo largo del viejo sendero, con sus ojos observando con fiereza y sus oídos alerta para ver u oír a los perseguidores.

La mujer joven, que antes había estado corriendo con energía y rapidez, estaba ahora jadeante y sudaba. Durante la última media hora había estado escalando las primeras laderas hacia el árido terreno al pie de la meseta. Ocasionalmente podía oír tras ella los sonidos de sus perseguidores: una piedra desprendida, una rama que se rompía, o los extraños tonos agudos de un cazador llamando a otro. No estaban muy lejos. Una parte de ella, la parte inteligente y civilizada, sabía que su fin era inevitable. No cabía duda de que pronto la alcanzarían. A pesar de esto, no tenía la más mínima intención de rendirse, o de detenerse a esperar a que la alcanzaran. Estaba viva en este momento sólo por el hecho de que ella, al igual que sus padres antes que ella, habían sido luchadores. Entre la raza, solamente aquellos que tenían una determinación furiosa, irresistible y salvaje para luchar, para escapar, para continuar viviendo, habían sobrevivido hasta ahora. Continuaría corriendo, escapando, resistiendo, mordiendo y pateando, hasta su último aliento.

Se introdujo en un paso estrecho e inclinado y pasó entre dos rocas sobresalientes. Harrison estaba sentado sobre un tronco un poco más allá. Ella se sobresaltó y se detuvo. En su mano apareció un cuchillo de larga hoja.

Harrison era alto, de amplio pecho y musculoso. Llevaba una cazadora de piel curtida, sin mangas, pantalones cortos de piel y un par de mocasines. Su cabello y su barba estaban cuidados y presentaba, al menos para los standards de ella, un aspecto limpio y arreglado. Iba armado con un largo cuchillo de hoja ancha y pesada que casi era una espada corta, colgado de su cinturón, y un gran arco que llevaba en la mano. El arco era verdaderamente un arma moderna, hecha hábilmente de madera reforzada con acero.

Harrison la miró sin sonreír. Ella le observó, desconfiada, preparando el cuchillo.

—Ve por ahí —le dijo Harrison, señalando—. Atraviesa la loma, por la parte izquierda de la cima, y baja al valle que hay detrás. Entonces sigue el río hasta las casas viejas. ¿Me entiendes?

—Sí —dijo ella, respirando penosamente—. Y luego, ¿qué?

—Estarás a salvo. Me reuniré contigo allí.

Ella le miró durante un momento, con sospecha; y entonces, sin una palabra de agradecimiento, sin preguntar como se las arreglaría él, inició la subida hacia el camino indicado.

Harrison se dirigió hacia la entrada del estrecho paso y empezó a marchar por el sendero principal hacia el ancho valle, caminando sin prisa, escuchando por encima de su hombro. Oía como los perros rozaban y tropezaban con la maleza que había tras él. Cogió el machete y se preparó. Los perros no le preocupaban mucho. Había dos de ellos, dos labradores de lisa piel negra. Esperó detrás de un árbol hasta que llegaron a su altura, y entonces salió y acuchilló al más próximo en el cuello. Murió silenciosamente. El otro retrocedió. Era un animal particularmente poco agresivo, y

la cercana visión y sonido del hombre, amigo y dueño de sus antepasados, debió ocasionarle confusión.

—Fuera, Fido. Lárgate —ordenó Harrison.

Cómicamente, el perro metió el rabo entre piernas y se escabulló.

Al cabo de un minuto, el primero de los perseguidores llegó caminando silenciosamente. Llevaba un arma sobre el hombro, y estaba atisbando hacia adelante, buscando a los perros. Vio a Harrison. Por un instante, los dos, humano y alienígena, se enfrentaron el uno al otro. La negra cabeza del otro ser, desprovista de todo pelo, no registró el menor cambio de expresión, a pesar de que si su constitución emocional se correspondía, aunque sólo fuera un poco, debería de haber sufrido un anodador espasmo de miedo al hallarse enfrentado con el más peligroso de todos los animales salvajes. Por su parte, el animal salvaje: Harrison, sintió una exultante alegría feroz. Le dio un gran tajo en el cuello con su cuchillo. El alienígena lanzó un tremendo grito gorgoteante antes de morir.

Los otros cazadores escucharon el grito. Entre los árboles se escucharon ruidos agudos y secos y el crujido de la vegetación pisada. Los alienígenas eran muy expertos en aquel deporte. Ya llevaban varias generaciones organizando partidas de caza para perseguir a los restos de la Humanidad.

Harrison sabía que no debía de subir por la colina, pues ya habrían puesto francotiradores para cubrir las escarpaduras más expuestas. Tratarían de rodearlo y cortarle la retirada.

Tendió su arco y se movió a otra posición, pero aunque le lanzó una flecha a una negra figura que correteaba por entre la maleza no logró hacer blanco.

Media hora más tarde se dio cuenta de que estaban a todo su alrededor, acercándose. Alzó la cabeza y miró hacia el alto pico que la mujer debía de estar escalando ahora.